

EMMANUEL DURAND

TEOLOGÍA DE LA ESPERANZA

Traducción de
JULIA ARGEMÍ

Herder

Título original: Théologie de l'espérance

Traducción: Julia Argemí

Diseño de cubierta: Stefano Vuga

© 2024, *Les Éditions Du Cerf, París*

© 2026, *Herder Editorial, S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5389-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta:

Depósito legal: B - XXXX - 2026

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Introducción. Una conversión de aproximación	9
I. Dios, única esperanza ante la oscuridad	15
1. Espera y esperanza: similitud y superación	17
2. Lo posible y lo imposible en el campo de la acción	20
3. Esperar más allá de lo representable	23
4. Dios Trino, determinación de nuestra esperanza	27
5. Lo posible y lo imposible modificados en comparación con Dios	31
II. ¿Qué esperanza hay para la creación maltratada?	37
1. Del «gemido de la creación» al clamor de la tierra	39
2. El argumento de Rom 8,18-22: ¿quién espera qué?	42
3. El desenlace de la expectativa es cierto, porque depende de Dios y de su Hijo	51
4. Escuchar de otro modo el lamento de la tierra	54
III. Esperar para el otro en la estela de Cristo Salvador	57
1. La singular mirada de Jesús en misión	59
2. Una esperanza puesta a prueba, para el otro y en favor de todos	64
3. Entrar en el sanctasanctórum: lo inaudito de la esperanza	70
4. De la fe en el único Salvador a la esperanza por los otros	76

IV. El Espíritu, poder innovador de esperanza	81
1. Cuando todo parecía aniquilado... Jesús transmite el Espíritu	82
2. Un Espíritu que atraviesa las fronteras por sorpresa o anticipadamente	86
3. Un Espíritu que se hace contemporáneo del Cristo total	92
4. La singular creatividad del Espíritu del Señor	94
V. La caridad lo espera todo	99
1. La caridad es un acontecimiento trinitario	100
2. Solo la caridad lo espera todo	105
3. La caridad abre nuevas posibilidades	108
4. ¿Hasta dónde se extiende la caridad?	114
VI. La Iglesia que llama a su Señor	119
1. De las siete Iglesias puestas a prueba a la única Esposa santa	120
2. Pese al pecado, la misión de ser signo	124
3. Una indispensable comunidad de esperanza	128
4. Un martirio de la esperanza para nuestro tiempo	131
VII. La anticipación del fin y el orden de lo último	141
1. Jesús habla de la Parusía entre dos gestos de mujeres	142
2. Resurrección de la carne o vulnerabilidad transfigurada	150
3. Juicio Final y Comunión de los Santos	153
4. Vivir el tiempo de crisis bajo el signo de la esperanza	156
Conclusión. Esperar también con las manos	159
Agrdecimientos	161
Bibliografía	163

Para María, mujer que permanece en pie ante la casa del Señor

INTRODUCCIÓN

UNA CONVERSIÓN DE APROXIMACIÓN

Mi alma desfallece por tu amparo, yo fío en tu palabra.
(Sal 119,81)¹

El trabajo de la espera no empieza [...] poniéndose metas inalcanzables o imaginando un futuro a medida de nuestro anhelo. Se inicia en esta conciencia de tener que liberar en sí mismo la palabra original de bendición sobre las fuerzas creativas, si queremos que el mundo sea su eco.
(CATHERINE CHALIER, *Présence de l'espoir*, París, Seuil, 2013, p. 193)

¿Hacia dónde nos dirigimos? Son numerosas las esperanzas que están en un *impasse*. La acumulación de crisis conlleva una pérdida de perspectiva. Hace tan solo quince años pensábamos ingenuamente que la ciencia y la técnica permitían prever las trayectorias (geopolíticas, financieras, democráticas, sanitarias) y establecer procedimientos aptos para evitar los puntos de ruptura. Sin embargo, en diferentes niveles, experimentamos con dolor que la racionalidad tecnocientífica carece de control sobre la contingencia de la vida frágil, ni las ambiciones humanas ni los deseos de poder.² Con o sin razón, a partir de ahora el futuro se presenta casi exclusivamente como una amenaza.

Puesta de nuevo en valor como una necesidad vital ante los totalitarismos del siglo XX,³ la acción política se hace hoy en día

1. Tomamos las citas bíblicas de *La Biblia*, Barcelona, Herder, 2004. (*N. de la T.*)

2. Véase Jean-François Lavigne, «Vers une phénoménologie de l'espérance», en Jean-François Lavigne y Jean Leclercq (eds.), *Espérer. Études phénoménologiques*, Louvain-la-Neuve, Presses Universitaires de Louvain, 2015, pp. 5-14.

3. Véase Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 199-276.

cada vez más difícil, debido a la polarización extrema y a una desconfianza generalizada. Las opiniones irreconciliables se encajonan a través de las redes sociales. La agresividad se convierte en norma en los debates a distancia. El sentido del bien común se diluye en la fragmentación de intereses particulares y de reivindicaciones identitarias. Afortunadamente, sigue siendo posible y reconfortante comprometerse y actuar localmente, pese a la conciencia de que los efectos de la acción *hic et nunc* —personal y colectiva— son ínfimos respecto a las disfunciones sistémicas.

El límite de la actuación humana es especialmente sensible ante la crisis medioambiental y el cambio climático. Aunque los indicadores sean elocuentes y los fenómenos se sucedan, los países más influyentes parecen incapaces de unir sus voluntades políticas para hacer frente a la crisis de un modo corresponsable. Nuestro mundo ha entrado en una fase de inestabilidad creciente. No sabemos cuánto tiempo ni cuántos dramas nos separan de un nuevo equilibrio, que siempre será provisional. Así, un futuro amenazador pesa sobre las jóvenes generaciones, en forma de ansiedad e ira.

Sin embargo, cuando las legítimas esperanzas pierden su objetivo, cuando las posibilidades se contraen de manera insostenible, la esperanza, por su parte, se hace crucial. No creo en absoluto que la esperanza sea una ilusa quimera que exima de responsabilidad a los sujetos. ¡Al contrario! La esperanza es un modo de orientación que se revela indispensable para una existencia creativa y resiliente, porque nuestras historias vitales exigen hacer frente a muchos umbrales, crisis, duelos e incisos. Cuando las representaciones del futuro se vuelven confusas, incluso imposibles, la esperanza resiste ante la aniquilación de la voluntad fragilizada. El ser humano es fundamentalmente un resistente, y la esperanza le permite permanecer de pie en la noche.

Ahora bien, lo humano y lo religioso están íntimamente ligados. A lo largo de la historia y de sus múltiples pruebas, la fe judía ha aprendido mucho sobre la esperanza. Al inicio de nuestra era,

Filón de Alejandría contemplaba la diferencia distintiva del ser humano que se presenta ante Dios en términos de expectativas y de esperanza. En el Génesis, el hijo de Set —descendencia *concedida* por Dios tras la muerte de Abel— se llama Enós, nombre que significa *humano*. No obstante, en la Biblia griega, Filón lee en este pasaje que Enós «comenzó a invocar el nombre de Yahveh» (Gn 4,26 [versión de los LXX]). El alejandrino extrae de ello una serie de afirmaciones creativas y osadas: «¿Existe algo más propio del hombre verdaderamente humano que la esperanza y la expectativa de que poseerá los bienes que Dios, el único generoso, le otorgará?». Y también: «Solo el hombre tiene esperanza».⁴ Esta sostiene al ser humano *que se mantiene ante Dios* en una expectativa orientada hacia el gozo. En sentido inverso, el ser humano *que se desentiende de Dios* —el *malo*, que Filón asimila a Caín— permanece en el temor y la tristeza, y solo anticipa peligros y sufrimientos.

La fe cristiana también tiene un discurso singular sobre la esperanza. Por costumbre, el contenido de la fe, recogido en el Credo, se enuncia y se explica a menudo desde el ángulo de su inteligibilidad. Efectivamente, hay que demostrar a los oyentes predispuestos que la fe se puede admitir y comunicar en términos racionales. Es una condición indispensable para una posible adhesión, madura y lúcida, por parte de los destinatarios del anuncio evangélico. Sin embargo, con este enfoque, el potencial de esperanza de la fe a veces queda oculto y a menudo es desatendido, pese a que están en juego la atracción y la solidez del cristianismo contemporáneo. Por ello, propongo reconsiderar los misterios centrales de la fe cristiana desde la óptica específica de la esperanza.

4. Filón de Alejandría, *Quod deterius potiori insidiari soleat* (Les Œuvres de Philon d'Alexandrie, 5), París, Cerf, 1965, §138-140, pp. 103-105. Véase la contextualización y la interesante explicación de Jean-Louis Chrétien, *L'inoubliable et l'inespéré*, París, DDB, 2014, pp. 154-160 [ed. cast.: *Lo inolvidable y lo esperado*, Salamanca, Sígueme, 2002].

En el contexto actual, urge un proyecto como este. Necesitamos imperiosamente *una fe que espera*. Hoy en día, solo una fe así es capaz de suscitar un atractivo auténtico y plantear nuevos apoyos. Mi convicción principal es simple: la esperanza en Dios es viable en las situaciones de oscuridad en las que la salvación ya no es representable. Sin embargo, nuestros contemporáneos se enfrentan muchas veces a la crisis de representaciones de lo posible, en el presente y en el futuro. Para muchos de ellos, no obstante, sería posible creer desde la modalidad de la esperanza. Esto tiene una base teológica, porque la fe y la esperanza tienden hacia el mismo cara a cara personal: Dios mismo, verdad salvífica y última, atrae hasta en la noche oscura.

En la presente obra, propongo una nueva *percepción* de los *misterios* centrales de la fe cristiana o del *corazón* del cristianismo: Dios, la creación, el Cristo Salvador, el Espíritu derramado, la caridad, la Iglesia, y la anticipación del final. Creemos que conocemos bien estas palabras *usadas* y lo que significan. Pero rara vez es así. La singularidad del enfoque que aquí se adopta lleva al lector a contemplar uno a uno esos focos de luz, pasándolos por el prisma de la esperanza. Habitualmente, exponemos dichos misterios desde la óptica de la fe y de su inteligibilidad. ¿Qué les sucedería a nuestros coetáneos si percibiéramos estos misterios y los propusiéramos ahora pasados por el tamiz de la esperanza?

Nuestra propuesta se despliega en siete capítulos. En primer lugar, calificamos la esperanza en su desnudez, cuando está desprovista de representaciones familiares de nuestras esperas comunes (capítulo 1). La esperanza desnuda se pone ante Dios como su único cara a cara, especialmente en los incisos de la existencia y las situaciones que nos parecen sin salida. A continuación, tomamos en consideración el testimonio que los creyentes reciben de la creación física que gime (capítulo 2). Según Pablo, esta aspira a la Gloria filial y esta tensión puede calificarse, por analogía, como esperanza. Después, revelamos la manera en que Jesús de Nazaret ha esperado

por los otros, de manera diferenciada en las premisas de su misión y en el tiempo de la prueba final (capítulo 3). Según el relato de la Carta a los Hebreos, la entrada de Jesús en el sanctasanctorum pone los cimientos de una nueva esperanza para quienes le siguen, proporcional a la caridad de Cristo. A continuación, tematizamos el papel propio del Espíritu como potencia innovadora de la esperanza cristiana (capítulo 4). En la Cruz, el Espíritu se transmite cuando todo parece perdido y, a partir de Pentecostés, provoca inesperados trasposos de fronteras, hasta entonces impensables. Posteriormente prestamos atención a la audacia de la caridad que, según Pablo, todo lo espera (capítulo 5). Esto supone reconocer el amor como acontecimiento trinitario y poner al descubierto su extraordinaria capacidad de convertirse en el verdadero *tema* del cristiano. Después meditamos sobre la paradoja de los pecados históricos y de la santidad de la Iglesia (capítulo 6). Las siete iglesias del Apocalipsis, interpeladas y corregidas por Cristo, son también la Iglesia santa que llama a su Señor. Esto se hace especialmente tangible a través de un martirio contemporáneo de la esperanza, el de los siete monjes de Tibhirine. Finalmente, consideramos la esperanza en la segunda venida de Cristo a partir de sus propias palabras en el discurso escatológico de Marcos 13 (capítulo 7). A partir de ahí, vemos con una nueva mirada la resurrección de la carne, el Juicio Final y la Comunión de los Santos, antes de preguntarnos: ¿cómo hacer un *buen uso* de la inminencia del fin en medio de las pruebas y crisis de nuestro tiempo?

Así pues, dedicaremos un tiempo a considerar una esperanza penúltima, enfrentada a las tinieblas, a las pausas y a los recursos de nuestra condición de viajeros (capítulos 1 a 6), antes de centrar nuestra atención en la esperanza escatológica y su efecto de retorno en nuestro tiempo (capítulo 7).

I

DIOS, ÚNICA ESPERANZA

ANTE LA OSCURIDAD

En este mundo marcado por los gemidos de la creación y las opacidades del pecado, la providencia de Dios es objeto de fe. En la oscuridad de nuestras complicadas historias y de nuestras vidas zarandeadas, la providencia se manifiesta como propósito salvífico del Padre, Pascua del Hijo y sinergia con el Espíritu.¹ Para asumir una fe como esta en medio de las contingencias, incertidumbres y pruebas de nuestra época es crucial aprender a habitar el tiempo presente y nuestras situaciones vitales con los recursos de la esperanza.

Aquí exploraremos la determinación y el perfil específico de la esperanza cristiana. En el plano teológico, la esperanza está fundamentalmente orientada hacia la acción de Dios, mientras que la espera sigue siendo una propensión humana para proyectarse hacia la obtención de un bien deseado, que no poseemos y es difícil de obtener, pero que no es inalcanzable.²

1. El primer capítulo de esta obra fue publicado en una versión anterior en *Recherches de Science Religieuse* 110/2 (2022), pp. 275-289; véase también «Divine Action, Providence, and the Three Main Articles of the Creed», *Science et Esprit* 73/3 (2021), pp. 3 y 75-394.

2. Véase Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, Ia-IIae, q. 40, a. 1; IIa-IIae, q. 17, a. 1; véase también *Super Epistolam ad Hebraeos* 2, 13, Marietti, 1953, núm. 133; Nicolas Monseu, «Le possible et l'espérer», en Jean-François Lavigne y Jean Leclercq (eds.), *Espérer. Études phénoménologiques*, Louvain-la-Neuve, Presses Universitaires de Louvain, 2015, pp. 31-40.